

## WILHELM DILTHEY

### LA COMPRESION DE OTRAS PERSONAS Y DE SUS MANIFESTACIONES DE VIDA

La comprensión e interpretación es el método que llena el ámbito de las ciencias del espíritu. Todas las funciones se concentran en ellas. Contienen todas las verdades científico – espirituales. En cada punto la comprensión abre un mundo.

Sobre la base de la vivencia y de la comprensión de uno mismo y en acción recíproca constante entre los dos, se constituye la comprensión de las ajenas manifestaciones de vida y de otras personas. Tampoco se trata ahora de una construcción lógica o de un análisis psicológico, sino de un análisis con vista a la teoría del saber. Se trata de fijar la contribución de la comprensión de otros al saber histórico.

#### 1.- Las manifestaciones de vida.

Lo dado en este caso son manifestaciones de vida. Se presentan en el mundo sensible, pero son expresión de algo espiritual y así nos hacen posible su conocimiento. Entiendo por “manifestaciones de vida” no sólo las expresiones que signifiquen algo, sino también aquellas que, sin tal propósito, nos hacen comprensible algo espiritual por ser su expresión.

El modo y la contribución del comprender es diferente según las clases de manifestaciones de vida.

La primera de estas clases la constituyen conceptos, juicios, mayores formaciones mentales. Como elementos componentes de la ciencia poseen, desprendidos de la vivencia en que aparecen, un carácter fundamental común por su adecuación a la norma lógica. Este carácter no es otro que el de la identidad, con independencia del lugar que ocupan en la conexión mental en que aparecen. El juicio

expresa la validez de un contenido mental con independencia de los cambios en su aparición, de la diversidad de tiempos o de personas. En esto precisamente reside el sentido del principio de identidad. Así el juicio es el mismo en quien lo expresa y en quien lo entiende; marcha como transportado, sin variación ninguna, de la posesión de quien lo expresa a la posesión de quien lo comprende. Esto determina el carácter específico de la comprensión en toda conexión mental lógica perfecta. La comprensión se encamina aquí al puro contenido mental y este permanece igual en toda conexión, y por eso la comprensión en este caso es más completa que cuando se refiere a cualquier otra manifestación de la vida. Pero, a quien comprende, nada le dice acerca de sus relaciones con el trasfondo oscuro y la plenitud de la vida anímica. No tiene lugar ninguna alusión a las particularidades de la vida de donde ha surgido y, precisamente por este su carácter específico, la comprensión en este caso no contiene ninguna exigencia para retrotraernos a la conexión anímica.

Otra clase de manifestaciones de vida está constituida por las acciones. Una acción no surge de la intención de comunicación. Pero, por la relación en que se halla con un fin, este se nos da en la acción. La relación de la acción con lo espiritual, que en ella se expresa de este modo, es regular, y permite posiciones probables acerca de ella. Pero es absolutamente necesario separar la situación de la vida anímica, condicionada por las circunstancias, que motiva la acción y cuya expresión es ésta, de la conexión de la vida misma en que ésta situación se funda. Mediante el poder de un móvil decisivo la acción entra en la unilateralidad desde el pleno de la vida. Por muy sopesada que haya sido, no expresa más que una parte de nuestro ser. Posibilidades que residen en este ser son aniquiladas por ella. Por eso la acción parece que se emancipa del trasfondo de la conexión vital. Y sin la explicación de cómo se enlazan en ella las circunstancias, el fin, los medios y la conexión de vida, no permite una determinación completa del interior de donde ha surgido.

Cosa muy distinta es la "expresión de la vivencia". Entre ella, la vida de donde surge y la comprensión que opera, existe una relación especial. La expresión puede contener conexión anímica en mayor grado de lo que podría alcanzar la introspección. Pues la saca de profundidades a donde no llega la conciencia. Pero también es propio de la expresión de la vivencia que la relación entre ella y lo espiritual que expresa sólo muy por término medio, puede ser puesta como base a la comprensión. No cae bajo los

juicios de verdad o error sino bajo los de veracidad o falsedad. Porque la simulación, la mentira, el engaño rompen la relación entre la expresión y lo espiritual expresado.

Pero tenemos una diferencia importante y en ella descansa la significación mayor que puede alcanzar la expresión de la vivencia en las ciencias del espíritu. Lo que surge de la vida diaria se halla bajo el poder de los intereses. Lo que se va derramando continuamente en el pasado se halla también determinado en su interpretación por la hora. Hay algo terrible en éste de que, en la lucha de los intereses prácticos, cualquier expresión nos puede engañar y hasta nuestra propia interpretación cambia por el cambio de nuestra postura. Pero cuando, como ocurre en las grandes obras, lo espiritual se emancipa de su creador, el poeta, el artista, el escritor, entramos en un dominio en que se acaba el engaño. Ninguna obra de arte verdaderamente grande puede, a tenor de la relación que aquí impera, y que más tarde desarrollaremos, simularnos un contenido espiritual extraño a su autor y hasta nada pretende decirnos de su autor. Verdadera en sí, se halla fijada, duradera, visible, y así es posible una comprensión artística segura de la misma. Tenemos, pues, que en las fronteras entre el saber y el hacer se extiende un círculo en el que la vida se nos revela en unas profundidades que no son accesibles a la observación, a la reflexión ni a la teoría.

## 2.- Las formas elementales del comprender.

La comprensión surge primeramente dentro del círculo de intereses de la vida práctica. En ella las personas se hallan abocadas al intercambio. Se tienen que entender, una tiene que saber lo que la otra quiere. Así surgen las formas elementales de la comprensión. Son como las letras cuya composición hará posible sus formas superiores. Entre estas formas elementales considero, por ejemplo, la interpretación de una simple manifestación de vida. Lógicamente puede ser expresada por una conclusión de analogía. Esta conclusión es facilitada por la relación regular entre la manifestación de vida y lo que en ella se expresa. Y, ciertamente, en cada una de las clases indicadas la manifestación de vida singular es capaz de semejante interpretación. Una serie de letras componiendo palabras que, a su vez, componen una frase, es la expresión de un juicio. Un gesto nos expresa alegría o dolor. Los actos

elementales con los que se componen las acciones conexas tales como quitar un objeto, dejar caer un martillo, serrar una madera, señalan la presencia de un fin. En esta comprensión elemental no tiene lugar una reversión a toda la conexión de vida que constituye el sujeto permanente de las manifestaciones de vida. Y tampoco sabemos de una conclusión en que tuviera lugar. La relación fundamental en que descansa el proceso de la comprensión elemental es la de la expresión con aquello que expresa. La comprensión elemental no es una conclusión del efecto a la causa. Tampoco podemos considerarla, con más finura, como un método que del efecto dado nos lleva a un trozo cualquiera de conexión vital, que haría posible el efecto. Ciertamente, esta última relación se da en la situación real, y por eso el tránsito es muy fácil, pero no necesita que se presente.

Y lo que así está referido recíprocamente se halla enlazado en forma peculiar. Se hace valer en la forma más elemental la relación entre manifestación de vida y lo espiritual que rige en todo comprender y según la cual esas manifestaciones tienen su meta en lo espiritual expresado y, sin embargo, las manifestaciones que se presentan en el mundo sensible no se pierden en lo espiritual. El hecho de que la gesticulación, por ejemplo, y el susto, no son algo meramente coexistente sino que constituyen una unidad, se funda en esta relación fundamental de la expresión con lo espiritual. Pero aquí se presenta el carácter específico de todas las reformas elementales del comprender de que se hablará ahora.

### **3.- El espíritu objetivo y la comprensión elemental.**

He expuesto la significación que corresponde al espíritu objetivo para la posibilidad del conocimiento científico – espiritual. Entiendo por espíritu objetivo las formas diversas en las que la “comunidad” que existe entre los individuos se ha objetivado en el mundo sensible. En este espíritu objetivo el pasado es para nosotros presente permanente. Su ámbito alcanza desde el estilo de la vida, desde las formas del trato hasta las conexiones de fines que la sociedad ha establecido, y las costumbres, el derecho, el estado, la religión, el arte, las ciencias y la filosofía. Porque también la obra del genio representa una comunidad de ideas, de vida anímica, de ideal

en una época y en un contorno. De este mundo del espíritu objetivo recibe nuestro propio yo su alimento desde su niñez. Representa también el "medio" en el que se lleva a cabo la comprensión de otras personas y de sus manifestaciones de vida. Porque todo aquellos donde el espíritu se ha objetivado, contiene algo común al yo y al tú. Todo lugar ornado de árboles, todo local con asientos ordenados es para nosotros algo comprensible desde niños, porque la adopción de fines, el ordenar, el valorar humanos, como algo común, ha asignado su lugar y su misión a esos objetos. El niño crece dentro del orden y costumbres de su familia, costumbres y orden en los que participa con los otros miembros, y las indicaciones de su madre son entendidas por él en esta conexión. Antes de aprender a hablar, está ya inmerso en un medio de "comunidades". Y aprende a comprender los ademanes y los gestos, los movimientos y las llamadas, las palabras y las frases, porque tropieza con ellos como idénticos y guardando la misma relación con aquello que significan y expresan. Así se orienta el individuo en el mundo del espíritu objetivo.

De aquí surge una consecuencia importante para el proceso del comprender. La manifestación de vida que el individuo capta no se le presenta, por lo general, como única, sino que va llena, al mismo tiempo, de un saber acerca de lo común y de una relación, por ella albergada, con algo interno.

Esta acomodación de la manifestación de vida singular en algo común es facilitada porque el espíritu objetivo contiene en sí un orden articulado. Abarca diversos nexos homogéneos tales como el derecho o la religión, y éstos poseen una estructura regular y firme. Así, en el derecho civil los imperativos expresados en los artículos de la ley que tratan de asegurar el grado posible de perfección a la realización de una relación de vida, se hallan unidos con un orden procesal, con tribunales y con dispositivos encaminados a la ejecución de sus resoluciones. Dentro de una conexión semejante existe una diversidad de diferencias típicas. Las diferentes manifestaciones de la vida singulares con que tropieza el sujeto de la comprensión pueden ser consideradas como pertenecientes a una esfera de "comunidad", a un tipo. Y, así, a tenor de la relación entre la manifestación de vida y lo espiritual, que se da dentro de esta "comunidad", tenemos que lo espiritual propio de la manifestación de vida se completa por su ordenamiento en algo común. Una frase es comprensible por la "comunidad" que existe en una comunidad lingüística en lo que se refiere al significado

de las palabras y a las formas de flexión así como al sentido de la articulación sintáctica. El orden de conducta fijado en un determinado círculo cultural hace posible que las palabras de salutación o de respeto, en su gradación diversa, señalen una determinada actitud espiritual respecto a otras personas y que sean comprendidas de este modo. La artesanía cuenta en los diversos países con un determinado procedimiento y con instrumentos determinados para la realización de un fin y, por ellos, se nos hace comprensible este fin cuando el artesano utiliza el martillo o la sierra. En general, se establece la relación entre la manifestación de la vida y lo espiritual, mediante un ordenamiento en algo común. Y así se explica por qué este ordenamiento o acomodación se halla presente en cada manifestación de vida y por qué, sin necesidad de ninguna conclusión consciente, ambos miembros de la comprensión se hallan fundidos en unidad en virtud de la relación entre la expresión y lo expresado.

Si buscamos una construcción lógica para la comprensión elemental, resulta que de la "comunidad" en que se nos da una conexión entre "expresión" y "expresado" se deduce esta conexión para el caso particular; en virtud de esta "comunidad" se predica de la manifestación de vida que constituye la "expresión" de algo espiritual. Se da, por lo tanto, una conclusión por analogía, en la cual se predica con probabilidad del sujeto por medio de la serie limitada de casos contenidos en la "comunidad".

La teoría aquí expuesta acerca de la diferencia entre las formas elementales y superiores del comprender justifica la separación tradicional entre la interpretación pragmática y la histórica ya que reporta esa separación a una relación entre las formas elementales y las superiores que se da en el comprender.

#### **4.- Las formas superiores del comprender**

El tránsito de las formas elementales del comprender a las superiores se inicia ya en aquellas. Cuanto mayor sea la distancia interior entre una determinada manifestación de vida y el que intenta comprenderla, con tanta mayor frecuencia surgirán incertidumbres. Se intenta vencerlas. Se intenta vencerlas. Se produce el primer tránsito a formas superiores del comprender se ofrece una dificultad interna o

una contradicción con algo por lo demás conocido, el que comprende es inducido al examen. Recuerda los casos en que no tuvo lugar la relación normal entre "manifestación de vida" e "interior" expresado. Semejante desviación se da ya en aquellos casos en que sustraemos nuestros estados internos, nuestras ideas y nuestros propósitos en la mirada de los importunos, mediante una actitud hermética o mediante el silencio. En estos casos, el observador interpreta falsamente la mera ausencia de una patente manifestación de vida. Pero en no pocos casos tenemos que contar con que existe también la intención de confundirlos. Ademanos, gestos y palabras se hallan en contradicción con lo interno. Así surge, de distintos modos, la tarea de echar mano de otras manifestaciones de vida o de acudir a toda la "conexión de vida" para lograr vencer nuestra duda.

17

Pero también del trato de la vida práctica surgen exigencias peculiares de juicios sobre el carácter y capacidades de diversas personas. Contamos siempre con interpretaciones de ademanes, gestos, acciones o grupos conexos de tales cosas; semejantes interpretaciones se llevan a cabo por conclusión de analogía, pero nuestra comprensión va más lejos: el trato, la vida social, el oficio y la familia nos ayudan a dirigir nuestra mirada en lo interior de los hombres que nos rodean, para saber hasta que punto podemos contar con ellos. La relación entre la expresión y lo expresado desemboca ahora en la relación entre la diversidad de las manifestaciones de vida de otra persona y la "conexión interna" que se halla en su base. Esto conduce, además, a tener también en cuenta las circunstancias cambiantes. Nos hallamos en este caso ante una conclusión de tipo inductivo que va desde varias manifestaciones de vida a la totalidad de la conexión de vida. Su supuesto lo constituye el saber acerca de la vida anímica y de sus relaciones con el medio y las circunstancias. Como la serie de las manifestaciones de vida es limitada y la conexión que le sirve de base incierta, el resultado no puede pretender más que un carácter de probabilidad. Y cuando a base de éste hacemos una deducción acerca de una acción de esa persona en circunstancias nuevas, la conclusión deductiva levantada sobre la idea de una "conexión psíquica" lograda inductivamente no puede pretender más que la mera expectativa o posibilidad. El paso de una conexión psíquica, que no puede arrogarse más que un carácter de probabilidad, a la previsión de cómo ha de actuar ante la presencia de circunstancias nuevas, no puede pretender ninguna seguridad y será mera expectativa. El supuesto de

que partimos es capaz siempre de reelaborarse de nuevo, como lo veremos enseguida, pero también nos daremos cuenta de que no puede alcanzar nunca una seguridad completa.

No todas las formas superiores del comprender descansan en la relación fundamental entre lo actuado y lo actuante. Ya vimos cómo semejante supuesto no era cierto tratándose de las formas elementales del comprender, pero también una parte muy importante del comprender superior se basa en la relación entre la expresión y lo expresado. La comprensión de creaciones espirituales se endereza en muchos casos únicamente a la conexión según la cual las partes singulares de una obra, tales como son captadas una después de otra, constituyen un todo. Por lo mismo que el comprender aporta el mayor resultado acerca de nuestro saber sobre el mundo espiritual reviste la mayor importancia que se haga valer esta forma en su autonomía propia. Se representa un drama. No sólo el espectador iletrado vive totalmente en la acción, sin pensar en el autor de la pieza, sino también el literato puede ser arrebatado por completo por lo que pasa en escena. Su comprensión se orienta entonces a la conexión de la acción, a los caracteres de los personajes, a la combinación de los "momentos" que fijan la marcha del destino. Sólo en este caso podrá gozar de la plena realidad del trozo sacado de la vida. Sólo en este caso se verificará en él un proceso de comprensión y de revivencia tal como el autor quería provocarlo. Y en todo el campo de semejante comprensión de las creaciones artísticas, rige únicamente la relación entre las expresiones y el mundo espiritual expresado en ellas. Sólo cuando el espectador observa cómo aquello que tomó como un retazo de realidad surgió en forma artística y planeada en la cabeza del autor, marcha la comprensión, que se hallaba regida por esta relación de un complejo de manifestaciones de vida con aquello que expresaban, a la comprensión donde rige la relación entre una creación y su creador.

Si resumimos las formas indicadas de la comprensión superior tenemos que su carácter común reside en que hacen comprender la conexión de un todo mediante una conclusión inductiva a base de manifestaciones dadas, y, en verdad, la relación fundamental que determina la marcha de lo exterior a lo interior es, de modo predominante, la de la expresión y lo expresado o la de lo actuado y lo actuante. El método descansa en la comprensión elemental, que nos hace accesibles los elementos para la reconstrucción. Pero se distingue de la comprensión elemental mediante otro

rasgo, que es el que nos hace patente la naturaleza de la comprensión superior.

La comprensión tiene siempre como objeto algo singular. Y en sus formas superiores concluye, de la recolección inductiva de lo que en una obra o en una vida se da conjuntamente, a la conexión en una obra o en una persona, en una relación de vida. Pero en el análisis de la vivencia y de la comprensión de nosotros mismos hemos encontrado que el individuo posee en el mundo espiritual un valor autónomo, y hasta que es el único valor autónomo que podemos establecer sin duda alguna. Por eso, no sólo nos interesa como un caso de lo general humano sino como un todo individual. Este interés ocupa, en nuestra vida, con independencia de los motivos prácticos que nos fuerzan de continuo a contar con los demás hombres, un espacio considerable, ya sea en formas nobles o innobles, vulgares o frívolas. El secreto de la persona nos incita por sí mismo a nuevos y cada vez más profundos intentos de desciframiento. Y en este afán comprensivo se nos abre el reino de los individuos, que abarca a los hombres y sus creaciones. En esto reside la más auténtica contribución del comprender a las ciencias del espíritu. El espíritu objetivo y la fuerza del individuo determinan conjuntamente el mundo espiritual. Sobre la comprensión de ambos descansa la Historia.

17 Pero nosotros comprendemos los individuos en virtud de su semejanza entre sí, de las "comunidades" que rigen entre ellos. Este proceso presupone la conexión de lo general humano con la individuación que se explaya sobre su base en la diversidad de las existencias espirituales y de este modo resolvemos constantemente en la práctica y la tarea de vivir internamente, como si dijésemos, la marcha a la individuación. El material para la solución de este problema lo constituye lo dado singular tal como lo abarca la inducción. Lo dado es algo individual y es considerado así en el proceso. Contiene, por lo tanto, un "momento" que hace posible la captación de la determinación individual del todo. Pero el supuesto de este método va cobrando, mediante la inmersión en lo singular, mediante la comparación de este singular con otros, formas cada vez más desarrolladas y así la tarea de la comprensión nos lleva a honduras cada vez mayores del mundo espiritual. Así como el espíritu objetivo contiene en sí un orden que se halla articulado en tipos, así también en la humanidad se contiene un sistema ordenado que nos lleva de la regularidad y la estructura dentro de lo general humano a tipos en cuya virtud la comprensión capta a los individuos. Si se parte de que los

individuos no se distinguen por diferencias cualitativas sino por una, como si dijéramos, acentuación de "momentos" singulares – cualquiera que sea la forma en que se exprese psicológicamente -, entonces tendríamos en ello el principio interno de la individuación. Y si fuera posible que en el acto de la comprensión pudiéramos hacer operar conjuntamente el cambio de la vida anímica y de su situación mediante las circunstancias, como principio exterior de individuación y la variación debida al diferente énfasis de los "momentos" de la estructura, como principio interior, en ese caso la comprensión de los hombres, de las obras poéticas y literarias supondría un acceso al mayor misterio de la vida. Y así ocurre de hecho. Para entender esto es menester considerar atentamente aquello que en la comprensión no es accesible a ninguna representación mediante fórmulas lógicas, y sabido es que sólo una representación esquemática y simbólica de este tipo puede ocuparnos aquí.

#### 5.- "Transferir", "reproducir", "revivir".

La posición que adopta la comprensión superior frente a su objeto está determinada por su objetivo, consistente en encontrar una conexión de vida en lo dado. Esto es posible únicamente cuando la conexión que se da en el "vivir" propio y que se ha experimentado en innumerables casos, se halla siempre presente y dispuesta con todas las posibilidades que alberga. Esta actitud que se da en la tarea del comprender la denominamos "transferencia", ya sea en un hombre o en una obra. Cada verso de un poema vuelve a ser "retransformado" en vida en virtud de la interna conexión dentro de la vivencia de donde surgió el poema. Posibilidades que se hallan en el alma son conjuradas por las palabras exteriores, que han sido captadas gracias a la aportación de la comprensión elemental. El alma recorre los caminos habituales en los que, alguna otra vez, gozó y sufrió, deseó y actuó en situaciones parecidas. Infinitos caminos se abren en el pasado y en las ensoñaciones de futuro; de las palabras leídas brotan rasgos incontables del pensamiento. Ya cuando el poema describe la situación exterior, nos ayuda para que las palabras del poeta provoquen el estado de ánimo correspondiente. También en esto se hace valer la relación citada según la cual las expresiones de la vivencia contienen más de lo que se halla en la conciencia del poeta

o del artista, y evocan, por lo tanto, más. Así, pues, cuando en la tarea comprensiva ocurre la presencia de la propia conexión anímica vivida, podemos designar esto como "transferencia" del propio yo a un complejo dado de manifestaciones de vida.

Sobre la base de esta transferencia surge el modo supremo mediante el cual actúa en el comprender de la totalidad de la vida anímica, a saber, la "reproducción" o "re-vivencia". La comprensión en sí misma es una operación inversa del curso de efectividad. Una "con-vivencia" completa necesita que la comprensión marche en la línea misma del acontecer. Marcha hacia delante con el mismo curso de la vida. Así se amplía el proceso de colocarse dentro, en de la transferencia. La "revivencia" es la creación en la línea del acontecer. Así penetramos en la historia de otro tiempo, o en el acontecimiento de un país lejano o en algo que ocurre en el alma de un hombre próximo a nosotros. Se llega a la perfección cuando el suceso ha sido penetrado por la conciencia del poeta, del artista o del historiador y ha sido fijado en una obra en la cual se halla perennemente ante nosotros.

El poema lírico permite así, en la sucesión de sus versos, la revivencia de una conexión vivencial; no la real que incitó al poeta sino aquella que, sobre esta base, el poeta colocó en boca de una persona ideal. La sucesión de escenas en una pieza de teatro permite revivir los episodios del curso de la vida de los personajes. El relato del novelista o del historiador, que persigue el curso histórico, opera en nosotros una revivencia. Triunfa esta revivencia cuando los fragmentos de un curso se completan de tal modo que creemos tener ante nosotros una continuidad.

¿En qué consiste este revivir? El proceso nos interesa en su contribución, pues no pretendemos ahora su explicación psicológica. Por eso tampoco explicamos la relación de este concepto con el de simpatía y el de endopatía, aunque claramente se ve la conexión en el hecho de que la simpatía refuerza la energía del vivir. Lo que tenemos presente es la importante aportación que supone el revivir en nuestra apropiación del mundo espiritual. Descansa en dos factores. Toda actualización viva de un medio y de una situación exterior provoca en nosotros revivencia. Y la fantasía puede reforzar o debilitar el acento de las actitudes, fuerzas, sentimientos, afanes, ideas contenidas en nuestra propia conexión de vida para de este modo poder revivir la vida anímica ajena. Se levanta el telón. Aparece Ricardo y un alma ágil, al seguir sus palabras, gestos y movimientos, puede revivir algo que se halla fuera de toda

posibilidad de su propia vida real. El bosque fantástico en "Como gustéis" nos coloca en un estado de ánimo que nos permite revivir toda clase de excentricidades.

Y en esta revivencia tenemos una parte importante de la adquisición de cosas espirituales que debemos al historiador y al poeta. El curso de la vida verifica en cada hombre una determinación constante dentro del cual se limitan sus posibilidades. La formación de su ser condiciona a cada uno su desarrollo. En una palabra, experimenta de continuo, y considere su situación o la forma de su adquirida conexión de vida, que el ámbito de nuevas perspectivas de la vida y de giros internos de la existencia personal es algo limitado. La comprensión le abre un ancho campo de posibilidades, que no están contenidas en la determinación de su vida real. La posibilidad de vivir estados religiosos en mi propia existencia se halla estrechamente limitada, lo mismo para mí que para la mayoría de los hombres actuales. Pero al recorrer yo las cartas y los escritos de Lutero, las noticias de sus coetáneos, los protocolos de las disputas religiosas y de los concilios y su actuación oficial, vivo un proceso religioso de un tal poder eruptivo, de una tal energía, a vida o muerte, que se halla fuera de las posibilidades de vivencia del hombre actual. Pero lo puedo revivir. Me coloco en las circunstancias, y todo en ellas empuja a un desarrollo tan extraordinario del ánimo religioso. Veo en los claustros una técnica del trato con el mundo invisible que coloca la mirada de los monjes en dirección constante hacia las cosas del más allá: las controversias teológicas se convierten en cuestiones de la existencia interior. Veo cómo lo que de este modo se constituye en los claustros se expande por el mundo laico por innumerables canales, púlpito, confesión, enseñanza, obras escritas; y me doy cuenta de cómo los concilios y los movimientos religiosos han extendido por todas partes la doctrina de la iglesia invisible y del sacerdocio general, y cómo esa doctrina se pone en relación con la liberación de la personalidad en el mundo secular; y cómo lo que se conquistó así en la soledad de la celda, en luchas de la intensidad descrita, se afirma frente a la iglesia. El cristianismo considerado como una fuerza para plasmar la vida en la familia, en el oficio, en las circunstancias políticas, he aquí un nuevo poder que viene al encuentro del espíritu de la época en las ciudades y en todas partes donde se realiza un alto trabajo, Hans Sachs, en Durero. Mientras Lutero marcha a la cabeza de este movimiento, vivimos su desarrollo a base de una conexión que va de lo general humano a la esfera religiosa y, de ésta, mediante sus determinaciones históricas, hasta su individualidad. Y, así, este

proceso nos abre un mundo religioso en Lutero y en los compañeros de la primera época de la Reforma, que ensancha nuestro horizonte en posibilidades de vida humana, que sólo de esta suerte han sido accesibles a nosotros. El hombre agitado por esas posibilidades puede vivir en la imaginación muchas otras existencias. Extrañas bellezas del mundo y otras regiones de la vida, que nunca podrán ser alcanzadas, se hacen patentes, ante él limitado por sus circunstancias. Hablando de una manera general podemos decir que el hombre, atado y determinado por la realidad de la vida, es colocado en libertad, no sólo por el arte, como se ha expresado a menudo, sino también por la comprensión de lo histórico. Y esta acción de la Historia, que no ha sido vista por sus más recientes detractores, se ensancha y ahonda a cada nueva etapa de la conciencia histórica.

### 6.- La Interpretación

21 ¡Con qué claridad vemos en el revivir de lo extraño y lo pasado que la comprensión descansa en una especial genialidad personal! Pero como constituye una tarea importante y duradera como fundamento de la conciencia histórica, esta genialidad personal se convierte en técnica y esta técnica se desarrolla con el desenvolvimiento de la conciencia histórica. Se halla vinculada al hecho de que la comprensión tiene por delante manifestaciones de vida fijadas en perennidad, de suerte que puede volver de continuo a ellas. Denominamos "interpretación" a la comprensión técnica de manifestaciones de vida permanentemente fijadas. Como la vida espiritual encuentra sólo en el lenguaje su expresión perfecta, exhaustiva y que, por lo tanto, hace posible una captación perfecta, así también la interpretación se completa con la de los vestigios de existencia humana que se contienen en las obras escritas. Este arte constituye la base de la filología. Y la disciplina correspondiente se llama hermenéutica.

A la interpretación de esos vestigios llegados a nosotros se enlaza, de una manera necesaria e interna, su crítica. Surge de las dificultades que ofrece la interpretación y conduce a la depuración de los textos, y a rechazar interpolaciones, a depurar obras, tradiciones. La interpretación y la crítica han ido desarrollando en el curso histórico nuevos medios para la solución de su tarea, el modo como la

investigación científico natural ha ido afinando la experimentación. Su transmisión de una generación de filólogos e historiadores a otra descansa, sobre todo, en el contacto personal de los grandes virtuosos y en la tradición de sus aportaciones. Nada hay en el campo de las ciencias que se halle tan personalmente condicionado y vinculado al contacto de las personas como este arte filológico. Al someterla a reglas, la hermenéutica lo ha hecho en el sentido de una etapa histórica que trataba de llevar a cabo regulaciones en todos los campos, y a esta regulación hermenéutica correspondieron teorías de la creación artística que también la concebían como un hacer sometido a reglas. En el gran período en que amanece la conciencia histórica en Alemania, esta regulación hermenéutica fue sustituida por Federico Schlegel, Schleiermacher y Boeckh por una teoría ideal que funda la nueva comprensión más profunda en una intuición de la creación espiritual, tal como fue hecha posible por Fichte y tal como pretendió establecer la Schlegel con su proyecto de una ciencia de la crítica. En esta nueva intuición del crear se inspira la famosa frase de Schleiermacher de que es menester comprender a un autor mejor de lo que él mismo se comprendió. En esta paradoja se encierra, no obstante, una verdad capaz de ser fundada psicológicamente.

En la actualidad, la hermenéutica se presenta en una conexión que señala a las ciencias del espíritu una nueva misión importante. Siempre ha defendido la seguridad del comprender frente al escepticismo histórico y al arbitrio subjetivo. Así, cuando combatió la interpretación alegórica, así cuando, frente al escepticismo del concilio tridentino, justificó la gran doctrina protestante de la comprensibilidad de las Sagradas Escrituras por sí mismas, y, de nuevo, cuando fundamentó teóricamente, frente a todas las dudas, el progreso esperanzado de las ciencias históricas y filológicas con Schlegel, Schleiermacher y Boeckh. En la actualidad la hermenéutica tiene que entrar en relación con la tarea general de la teoría del conocimiento, la de demostrar la posibilidad de un saber acerca de la conexión del mundo histórico y encontrar los medios para su realización. Ya se ha explicado la significación fundamental del comprender; ahora es menester, partiendo de las formas lógicas del comprender, determinar el grado asequible de su validez universal.

El punto de partida para establecer el valor de realidad de los enunciados de las ciencias del espíritu lo encontramos nosotros en el carácter de la vivencia, que consiste

en un "cerciorarse" o "percatarse", en un estar dentro de la realidad (Innewerden).

Como la vivencia es elevada por las operaciones elementales del pensamiento a una conciencia más atenta, estas operaciones no hacen sino señalar las circunstancias contenidas en la vivencia. El pensamiento discursivo representa lo contenido en la vivencia. La comprensión descansa, primariamente, en la relación entre la expresión y lo expresado contenida en toda vivencia caracterizada como comprensión. Esta relación es vivible, experimentable en su peculiaridad exclusiva. Y como sobrepasábamos el estrecho campo de la vivencia sólo a base de la interpretación de las manifestaciones de vida, así se destacaba para nosotros la aportación central del comprender en la edificación de las ciencias del espíritu. Pero se vio también que no es posible considerarla como una mera actividad mental, pues la transferencia, la reproducción y la revivencia son hechos que nos refieren a la totalidad de la vida anímica que opera en este proceso. En esto coincide con la vivencia, pues tampoco es esta otra cosa que un cerciorarse (Innewerden) de toda la realidad anímica en una situación dada. Por eso en todo comprender se da un irracional, pues también la vida lo es; no es posible representarlo mediante ninguna fórmula de nuestra actividad lógica. Y la seguridad última, si bien completamente subjetiva, inherente a esta revivencia, no es posible que sea reemplazada por ningún control del valor cognoscitivo de los razonamientos en los que se puede expresar el proceso del comprender. Estos son los límites que le son impuestos al tratamiento lógico del comprender por la naturaleza misma de éste.

Si bien vemos que las leyes y formas del pensamiento tienen validez en todos los ámbitos de la ciencia y que también se da, a tenor de la posición del conocer con respecto a la realidad, una gran afinidad entre los métodos. Con el comprender nos adentramos en un método que no guarda analogía alguna con los de las ciencias naturales. Pues ese método descansa en la relación de las manifestaciones de vida con algo interior que cobra expresión en ellas.

Del procedimiento mental del comprender parte en primer lugar el trabajo previo gramatical e histórico, que sirve tan sólo para colocar al que se orienta a la comprensión de algo ya fijado – frente al pasado, a lo espacialmente distante o lingüísticamente extraño –, en el lugar del lector de la época y del ambiente del autor.

En las formas elementales del comprender, de una serie de casos en que se expresó algo espiritual en un cierto número de manifestaciones afines de vida, se

concluye, al revelarse la afinidad existente, que se da también la misma relación en otro caso, semejante. De la recurrencia del mismo significado de un apalabra, de un ademán, de una acción exterior se concluye a su significado en un caso nuevo. Pero enseguida observamos cuán poco se ha procurado con semejante esquema de inferencia. En la realidad, como vimos, las manifestaciones de vida son para nosotros como representaciones de algo general; concluimos en la medida en que las subordinamos a un tipo de ademanes, de acciones, a un círculo de usos verbales. En el razonamiento que va de lo particular se halla presente la referencia a algo común que está representado en cada caso. Y esa circunstancia, se hace más patente, no cuando, de la relación entre una serie de manifestaciones afines de vida y lo psíquico de que son expresión, concluimos a un nuevo caso, sino cuando el objeto del razonamiento por analogía lo constituyen hechos singulares más complicados. Así, de la unión regular de determinadas propiedades en un carácter compuesto, inferimos que, de presentarse esta unión en un nuevo caso, no faltará un rasgo todavía no observado. A base del mismo razonamiento remitimos una obra mística recién, encontrada, o que hay que situar cronológicamente, a un determinado círculo de la mística en una determinada época. Pero en semejante conclusión va implicada la tendencia de derivar de los diversos casos existentes el modo como en esa estructura se enlazan las diversas partes y fundamentar así con más hondura el nuevo caso. En realidad tenemos, pues, que la conclusión por analogía desemboca en la inferencia inductiva al aplicarse a un nuevo caso. La demarcación de estos dos modos de concluir dentro del proceso del comprender posee sólo una validez relativa. Y, en general, obtenemos sólo la justificación para un grado, limitado de algún modo, de expectativa en el nuevo caso para el cual se concluye, un grado acerca del cual no puede suministrarse ninguna regla general y que sólo puede estimarse a tenor de las circunstancias, siempre cambiantes. Será tarea de una lógica de las ciencias del espíritu encontrar las reglas para esta estimación.

Con esto tenemos que el proceso del comprender debe ser considerado como inducción. Y esta inducción pertenece a esa clase en que no se infiere una ley general de una serie incompleta de casos sino que se infiere una estructura, un sistema ordenado que agrupa los casos, como partes, en un todo. Inducciones de este tipo son comunes a las ciencias de la naturaleza y a las del espíritu. Con una inducción

semejante descubrió Kepler la órbita elíptica del planeta Marte. Y así como en este caso se establecía una visión geométrica que derivaba una regularidad matemática sencilla de las observaciones y cálculos, así todo el probar en el proceso de comprensión tenderá a acomodar las palabras en un sentido y el sentido de los miembros singulares de un todo en su estructura. Lo dado es la sucesión de palabras. Cada una de estas palabras es determinada – indeterminada. Contiene en sí una variabilidad de su significado. Los medios de relación sintáctica de aquellas palabras son también multívocos, dentro de ciertos límites: así surge el sentido, al ser lo indeterminado determinado, mediante la construcción. E, igualmente, el valor de composición de los miembros del todo compuestos de frases es también multívoco, dentro de ciertos límites, y se establece partiendo del todo. Precisamente este determinar unidades determinadas – indeterminadas.....



## WILHELM DILTHEY

### LA COMPRESION DE OTRAS PERSONAS Y DE SUS MANIFESTACIONES DE VIDA

La comprensión e interpretación es el método que llena el ámbito de las ciencias del espíritu. Todas las funciones se concentran en ellas. Contienen todas las verdades científico – espirituales. En cada punto la comprensión abre un mundo.

Sobre la base de la vivencia y de la comprensión de uno mismo y en acción recíproca constante entre los dos, se constituye la comprensión de las ajenas manifestaciones de vida y de otras personas. Tampoco se trata ahora de una construcción lógica o de un análisis psicológico, sino de un análisis con vista a la teoría del saber. Se trata de fijar la contribución de la comprensión de otros al saber histórico.

#### 1.- Las manifestaciones de vida.

Lo dado en este caso son manifestaciones de vida. Se presentan en el mundo sensible, pero son expresión de algo espiritual y así nos hacen posible su conocimiento. Entiendo por “manifestaciones de vida” no sólo las expresiones que signifiquen algo, sino también aquellas que, sin tal propósito, nos hacen comprensible algo espiritual por ser su expresión.

El modo y la contribución del comprender es diferente según las clases de manifestaciones de vida.

La primera de estas clases la constituyen conceptos, juicios, mayores formaciones mentales. Como elementos componentes de la ciencia poseen, desprendidos de la vivencia en que aparecen, un carácter fundamental común por su adecuación a la norma lógica. Este carácter no es otro que el de la identidad, con independencia del lugar que ocupan en la conexión mental en que aparecen. El juicio

expresa la validez de un contenido mental con independencia de los cambios en su aparición, de la diversidad de tiempos o de personas. En esto precisamente reside el sentido del principio de identidad. Así el juicio es el mismo en quien lo expresa y en quien lo entiende; marcha como transportado, sin variación ninguna, de la posesión de quien lo expresa a la posesión de quien lo comprende. Esto determina el carácter específico de la comprensión en toda conexión mental lógica perfecta. La comprensión se encamina aquí al puro contenido mental y este permanece igual en toda conexión, y por eso la comprensión en este caso es más completa que cuando se refiere a cualquier otra manifestación de la vida. Pero, a quien comprende, nada le dice acerca de sus relaciones con el trasfondo oscuro y la plenitud de la vida anímica. No tiene lugar ninguna alusión a las particularidades de la vida de donde ha surgido y, precisamente por este su carácter específico, la comprensión en este caso no contiene ninguna exigencia para retrotraernos a la conexión anímica.

Otra clase de manifestaciones de vida está constituida por las acciones. Una acción no surge de la intención de comunicación. Pero, por la relación en que se halla con un fin, este se nos da en la acción. La relación de la acción con lo espiritual, que en ella se expresa de este modo, es regular, y permite posiciones probables acerca de ella. Pero es absolutamente necesario separar la situación de la vida anímica, condicionada por las circunstancias, que motiva la acción y cuya expresión es ésta, de la conexión de la vida misma en que ésta situación se funda. Mediante el poder de un móvil decisivo la acción entra en la unilateralidad desde el pleno de la vida. Por muy sopesada que haya sido, no expresa más que una parte de nuestro ser. Posibilidades que residen en este ser son aniquiladas por ella. Por eso la acción parece que se emancipa del trasfondo de la conexión vital. Y sin la explicación de cómo se enlazan en ella las circunstancias, el fin, los medios y la conexión de vida, no permite una determinación completa del interior de donde ha surgido.

Cosa muy distinta es la "expresión de la vivencia". Entre ella, la vida de donde surge y la comprensión que opera, existe una relación especial. La expresión puede contener conexión anímica en mayor grado de lo que podría alcanzar la introspección. Pues la saca de profundidades a donde no llega la conciencia. Pero también es propio de la expresión de la vivencia que la relación entre ella y lo espiritual que expresa sólo muy por término medio, puede ser puesta como base a la comprensión. No cae bajo los

juicios de verdad o error sino bajo los de veracidad o falsedad. Porque la simulación, la mentira, el engaño rompen la relación entre la expresión y lo espiritual expresado.

Pero tenemos una diferencia importante y en ella descansa la significación mayor que puede alcanzar la expresión de la vivencia en las ciencias del espíritu. Lo que surge de la vida diaria se halla bajo el poder de los intereses. Lo que se va derramando continuamente en el pasado se halla también determinado en su interpretación por la hora. Hay algo terrible en éste de que, en la lucha de los intereses prácticos, cualquier expresión nos puede engañar y hasta nuestra propia interpretación cambia por el cambio de nuestra postura. Pero cuando, como ocurre en las grandes obras, lo espiritual se emancipa de su creador, el poeta, el artista, el escritor, entramos en un dominio en que se acaba el engaño. Ninguna obra de arte verdaderamente grande puede, a tenor de la relación que aquí impera, y que más tarde desarrollaremos, simularnos un contenido espiritual extraño a su autor y hasta nada pretende decirnos de su autor. Verdadera en sí, se halla fijada, duradera, visible, y así es posible una comprensión artística segura de la misma. Tenemos, pues, que en las fronteras entre el saber y el hacer se extiende un círculo en el que la vida se nos revela en unas profundidades que no son accesibles a la observación, a la reflexión ni a la teoría.

## 2.- Las formas elementales del comprender.

La comprensión surge primeramente dentro del círculo de intereses de la vida práctica. En ella las personas se hallan abocadas al intercambio. Se tienen que entender, una tiene que saber lo que la otra quiere. Así surgen las formas elementales de la comprensión. Son como las letras cuya composición hará posible sus formas superiores. Entre estas formas elementales considero, por ejemplo, la interpretación de una simple manifestación de vida. Lógicamente puede ser expresada por una conclusión de analogía. Esta conclusión es facilitada por la relación regular entre la manifestación de vida y lo que en ella se expresa. Y, ciertamente, en cada una de las clases indicadas la manifestación de vida singular es capaz de semejante interpretación. Una serie de letras componiendo palabras que, a su vez, componen una frase, es la expresión de un juicio. Un gesto nos expresa alegría o dolor. Los actos

elementales con los que se componen las acciones conexas tales como quitar un objeto, dejar caer un martillo, serrar una madera, señalan la presencia de un fin. En esta comprensión elemental no tiene lugar una reversión a toda la conexión de vida que constituye el sujeto permanente de las manifestaciones de vida. Y tampoco sabemos de una conclusión en que tuviera lugar. La relación fundamental en que descansa el proceso de la comprensión elemental es la de la expresión con aquello que expresa. La comprensión elemental no es una conclusión del efecto a la causa. Tampoco podemos considerarla, con más finura, como un método que del efecto dado nos lleva a un trozo cualquiera de conexión vital, que haría posible el efecto. Ciertamente, esta última relación se da en la situación real, y por eso el tránsito es muy fácil, pero no necesita que se presente.

Y lo que así está referido recíprocamente se halla enlazado en forma peculiar. Se hace valer en la forma más elemental la relación entre manifestación de vida y lo espiritual que rige en todo comprender y según la cual esas manifestaciones tienen su meta en lo espiritual expresado y, sin embargo, las manifestaciones que se presentan en el mundo sensible no se pierden en lo espiritual. El hecho de que la gesticulación, por ejemplo, y el susto, no son algo meramente coexistente sino que constituyen una unidad, se funda en esta relación fundamental de la expresión con lo espiritual. Pero aquí se presenta el carácter específico de todas las reformas elementales del comprender de que se hablará ahora.

### **3.- El espíritu objetivo y la comprensión elemental.**

He expuesto la significación que corresponde al espíritu objetivo para la posibilidad del conocimiento científico – espiritual. Entiendo por espíritu objetivo las formas diversas en las que la “comunidad” que existe entre los individuos se ha objetivado en el mundo sensible. En este espíritu objetivo el pasado es para nosotros presente permanente. Su ámbito alcanza desde el estilo de la vida, desde las formas del trato hasta las conexiones de fines que la sociedad ha establecido, y las costumbres, el derecho, el estado, la religión, el arte, las ciencias y la filosofía. Porque también la obra del genio representa una comunidad de ideas, de vida anímica, de ideal

en una época y en un contorno. De este mundo del espíritu objetivo recibe nuestro propio yo su alimento desde su niñez. Representa también el "medio" en el que se lleva a cabo la comprensión de otras personas y de sus manifestaciones de vida. Porque todo aquellos donde el espíritu se ha objetivado, contiene algo común al yo y al tú. Todo lugar ornado de árboles, todo local con asientos ordenados es para nosotros algo comprensible desde niños, porque la adopción de fines, el ordenar, el valorar humanos, como algo común, ha asignado su lugar y su misión a esos objetos. El niño crece dentro del orden y costumbres de su familia, costumbres y orden en los que participa con los otros miembros, y las indicaciones de su madre son entendidas por él en esta conexión. Antes de aprender a hablar, está ya inmerso en un medio de "comunidades". Y aprende a comprender los ademanes y los gestos, los movimientos y las llamadas, las palabras y las frases, porque tropieza con ellos como idénticos y guardando la misma relación con aquello que significan y expresan. Así se orienta el individuo en el mundo del espíritu objetivo.

De aquí surge una consecuencia importante para el proceso del comprender. La manifestación de vida que el individuo capta no se le presenta, por lo general, como única, sino que va llena, al mismo tiempo, de un saber acerca de lo común y de una relación, por ella albergada, con algo interno.

Esta acomodación de la manifestación de vida singular en algo común es facilitada porque el espíritu objetivo contiene en sí un orden articulado. Abarca diversos nexos homogéneos tales como el derecho o la religión, y éstos poseen una estructura regular y firme. Así, en el derecho civil los imperativos expresados en los artículos de la ley que tratan de asegurar el grado posible de perfección a la realización de una relación de vida, se hallan unidos con un orden procesal, con tribunales y con dispositivos encaminados a la ejecución de sus resoluciones. Dentro de una conexión semejante existe una diversidad de diferencias típicas. Las diferentes manifestaciones de la vida singulares con que tropieza el sujeto de la comprensión pueden ser consideradas como pertenecientes a una esfera de "comunidad", a un tipo. Y, así, a tenor de la relación entre la manifestación de vida y lo espiritual, que se da dentro de esta "comunidad", tenemos que lo espiritual propio de la manifestación de vida se completa por su ordenamiento en algo común. Una frase es comprensible por la "comunidad" que existe en una comunidad lingüística en lo que se refiere al significado

de las palabras y a las formas de flexión así como al sentido de la articulación sintáctica. El orden de conducta fijado en un determinado círculo cultural hace posible que las palabras de salutación o de respeto, en su gradación diversa, señalen una determinada actitud espiritual respecto a otras personas y que sean comprendidas de este modo. La artesanía cuenta en los diversos países con un determinado procedimiento y con instrumentos determinados para la realización de un fin y, por ellos, se nos hace comprensible este fin cuando el artesano utiliza el martillo o la sierra. En general, se establece la relación entre la manifestación de la vida y lo espiritual, mediante un ordenamiento en algo común. Y así se explica por qué este ordenamiento o acomodación se halla presente en cada manifestación de vida y por qué, sin necesidad de ninguna conclusión consciente, ambos miembros de la comprensión se hallan fundidos en unidad en virtud de la relación entre la expresión y lo expresado.

Si buscamos una construcción lógica para la comprensión elemental, resulta que de la "comunidad" en que se nos da una conexión entre "expresión" y "expresado" se deduce esta conexión para el caso particular; en virtud de esta "comunidad" se predica de la manifestación de vida que constituye la "expresión" de algo espiritual. Se da, por lo tanto, una conclusión por analogía, en la cual se predica con probabilidad del sujeto por medio de la serie limitada de casos contenidos en la "comunidad".

La teoría aquí expuesta acerca de la diferencia entre las formas elementales y superiores del comprender justifica la separación tradicional entre la interpretación pragmática y la histórica ya que reporta esa separación a una relación entre las formas elementales y las superiores que se da en el comprender.

#### **4.- Las formas superiores del comprender**

El tránsito de las formas elementales del comprender a las superiores se inicia ya en aquellas. Cuanto mayor sea la distancia interior entre una determinada manifestación de vida y el que intenta comprenderla, con tanta mayor frecuencia surgirán incertidumbres. Se intenta vencerlas. Se intenta vencerlas. Se produce el primer tránsito a formas superiores del comprender se ofrece una dificultad interna o

una contradicción con algo por lo demás conocido, el que comprende es inducido al examen. Recuerda los casos en que no tuvo lugar la relación normal entre "manifestación de vida" e "interior" expresado. Semejante desviación se da ya en aquellos casos en que sustraemos nuestros estados internos, nuestras ideas y nuestros propósitos en la mirada de los importunos, mediante una actitud hermética o mediante el silencio. En estos casos, el observador interpreta falsamente la mera ausencia de una patente manifestación de vida. Pero en no pocos casos tenemos que contar con que existe también la intención de confundirlos. Ademanes, gestos y palabras se hallan en contradicción con lo interno. Así surge, de distintos modos, la tarea de echar mano de otras manifestaciones de vida o de acudir a toda la "conexión de vida" para lograr vencer nuestra duda.

15

Pero también del trato de la vida práctica surgen exigencias peculiares de juicios sobre el carácter y capacidades de diversas personas. Contamos siempre con interpretaciones de ademanes, gestos, acciones o grupos conexos de tales cosas; semejantes interpretaciones se llevan a cabo por conclusión de analogía, pero nuestra comprensión va más lejos: el trato, la vida social, el oficio y la familia nos ayudan a dirigir nuestra mirada en lo interior de los hombres que nos rodean, para saber hasta que punto podemos contar con ellos. La relación entre la expresión y lo expresado desemboca ahora en la relación entre la diversidad de las manifestaciones de vida de otra persona y la "conexión interna" que se halla en su base. Esto conduce, además, a tener también en cuenta las circunstancias cambiantes. Nos hallamos en este caso ante una conclusión de tipo inductivo que va desde varias manifestaciones de vida a la totalidad de la conexión de vida. Su supuesto lo constituye el saber acerca de la vida anímica y de sus relaciones con el medio y las circunstancias. Como la serie de las manifestaciones de vida es limitada y la conexión que le sirve de base incierta, el resultado no puede pretender más que un carácter de probabilidad. Y cuando a base de éste hacemos una deducción acerca de una acción de esa persona en circunstancias nuevas, la conclusión deductiva levantada sobre la idea de una "conexión psíquica" lograda inductivamente no puede pretender más que la mera expectativa o posibilidad. El paso de una conexión psíquica, que no puede arrogarse más que un carácter de probabilidad, a la previsión de cómo ha de actuar ante la presencia de circunstancias nuevas, no puede pretender ninguna seguridad y será mera expectativa. El supuesto de

que partimos es capaz siempre de reelaborarse de nuevo, como lo veremos enseguida, pero también nos daremos cuenta de que no puede alcanzar nunca una seguridad completa.

No todas las formas superiores del comprender descansan en la relación fundamental entre lo actuado y lo actuante. Ya vimos cómo semejante supuesto no era cierto tratándose de las formas elementales del comprender, pero también una parte muy importante del comprender superior se basa en la relación entre la expresión y lo expresado. La comprensión de creaciones espirituales se endereza en muchos casos únicamente a la conexión según la cual las partes singulares de una obra, tales como son captadas una después de otra, constituyen un todo. Por lo mismo que el comprender aporta el mayor resultado acerca de nuestro saber sobre el mundo espiritual reviste la mayor importancia que se haga valer esta forma en su autonomía propia. Se representa un drama. No sólo el espectador iletrado vive totalmente en la acción, sin pensar en el autor de la pieza, sino también el literato puede ser arrebatado por completo por lo que pasa en escena. Su comprensión se orienta entonces a la conexión de la acción, a los caracteres de los personajes, a la combinación de los "momentos" que fijan la marcha del destino. Sólo en este caso podrá gozar de la plena realidad del trozo sacado de la vida. Sólo en este caso se verificará en él un proceso de comprensión y de revivencia tal como el autor quería provocarlo. Y en todo el campo de semejante comprensión de las creaciones artísticas, rige únicamente la relación entre las expresiones y el mundo espiritual expresado en ellas. Sólo cuando el espectador observa cómo aquello que tomó como un retazo de realidad surgió en forma artística y planeada en la cabeza del autor, marcha la comprensión, que se hallaba regida por esta relación de un complejo de manifestaciones de vida con aquello que expresaban, a la comprensión donde rige la relación entre una creación y su creador.

Si resumimos las formas indicadas de la comprensión superior tenemos que su carácter común reside en que hacen comprender la conexión de un todo mediante una conclusión inductiva a base de manifestaciones dadas, y, en verdad, la relación fundamental que determina la marcha de lo exterior a lo interior es, de modo predominante, la de la expresión y lo expresado o la de lo actuado y lo actuante. El método descansa en la comprensión elemental, que nos hace accesibles los elementos para la reconstrucción. Pero se distingue de la comprensión elemental mediante otro

rasgo, que es el que nos hace patente la naturaleza de la comprensión superior.

La comprensión tiene siempre como objeto algo singular. Y en sus formas superiores concluye, de la recolección inductiva de lo que en una obra o en una vida se da conjuntamente, a la conexión en una obra o en una persona, en una relación de vida. Pero en el análisis de la vivencia y de la comprensión de nosotros mismos hemos encontrado que el individuo posee en el mundo espiritual un valor autónomo, y hasta que es el único valor autónomo que podemos establecer sin duda alguna. Por eso, no sólo nos interesa como un caso de lo general humano sino como un todo individual. Este interés ocupa, en nuestra vida, con independencia de los motivos prácticos que nos fuerzan de continuo a contar con los demás hombres, un espacio considerable, ya sea en formas nobles o innobles, vulgares o frívolas. El secreto de la persona nos incita por sí mismo a nuevos y cada vez más profundos intentos de desciframiento. Y en este afán comprensivo se nos abre el reino de los individuos, que abarca a los hombres y sus creaciones. En esto reside la más auténtica contribución del comprender a las ciencias del espíritu. El espíritu objetivo y la fuerza del individuo determinan conjuntamente el mundo espiritual. Sobre la comprensión de ambos descansa la Historia.

11

Pero nosotros comprendemos los individuos en virtud de su semejanza entre sí, de las "comunidades" que rigen entre ellos. Este proceso presupone la conexión de lo general humano con la individuación que se explaya sobre su base en la diversidad de las existencias espirituales y de este modo resolvemos constantemente en la práctica y la tarea de vivir internamente, como si dijésemos, la marcha a la individuación. El material para la solución de este problema lo constituye lo dado singular tal como lo abarca la inducción. Lo dado es algo individual y es considerado así en el proceso. Contiene, por lo tanto, un "momento" que hace posible la captación de la determinación individual del todo. Pero el supuesto de este método va cobrando, mediante la inmersión en lo singular, mediante la comparación de este singular con otros, formas cada vez más desarrolladas y así la tarea de la comprensión nos lleva a honduras cada vez mayores del mundo espiritual. Así como el espíritu objetivo contiene en sí un orden que se halla articulado en tipos, así también en la humanidad se contiene un sistema ordenado que nos lleva de la regularidad y la estructura dentro de lo general humano a tipos en cuya virtud la comprensión capta a los individuos. Si se parte de que los

individuos no se distinguen por diferencias cualitativos sino por una, como si dijéramos, acentuación de "momentos" singulares – cualquiera que sea la forma en que se exprese psicológicamente -, entonces tendríamos en ello el principio interno de la individuación. Y si fuera posible que en el acto de la comprensión pudiéramos hacer operar conjuntamente el cambio de la vida anímica y de su situación mediante las circunstancias, como principio exterior de individuación y la variación debida al diferente énfasis de los "momentos" de la estructura, como principio interior, en ese caso la comprensión de los hombres, de las obras poéticas y literarias supondría un acceso al mayor misterio de la vida. Y así ocurre de hecho. Para entender esto es menester considerar atentamente aquello que en la comprensión no es accesible a ninguna representación mediante fórmulas lógicas, y sabido es que sólo una representación esquemática y simbólica de este tipo puede ocuparnos aquí.

##### 5.- "Transferir", "reproducir", "revivir".

La posición que adopta la comprensión superior frente a su objeto está determinada por su objetivo, consistente en encontrar una conexión de vida en lo dado. Esto es posible únicamente cuando la conexión que se da en el "vivir" propio y que se ha experimentado en innumerables casos, se halla siempre presente y dispuesta con todas las posibilidades que alberga. Esta actitud que se da en la tarea del comprender la denominamos "transferencia", ya sea en un hombre o en una obra. Cada verso de un poema vuelve a ser "retransformado" en vida en virtud de la interna conexión dentro de la vivencia de donde surgió el poema. Posibilidades que se hallan en el alma son conjuradas por las palabras exteriores, que han sido captadas gracias a la aportación de la comprensión elemental. El alma recorre los caminos habituales en los que, alguna otra vez, gozó y sufrió, deseó y actuó en situaciones parecidas. Infinitos caminos se abren en el pasado y en las ensoñaciones de futuro; de las palabras leídas brotan rasgos incontables del pensamiento. Ya cuando el poema describe la situación exterior, nos ayuda para que las palabras del poeta provoquen el estado de ánimo correspondiente. También en esto se hace valer la relación citada según la cual las expresiones de la vivencia contienen más de lo que se halla en la conciencia del poeta

o del artista, y evocan, por lo tanto, más. Así, pues, cuando en la tarea comprensiva ocurre la presencia de la propia conexión anímica vivida, podemos designar esto como "transferencia" del propio yo a un complejo dado de manifestaciones de vida.

Sobre la base de esta transferencia surge el modo supremo mediante el cual actúa en el comprender de la totalidad de la vida anímica, a saber, la "reproducción" o "re-vivencia". La comprensión en sí misma es una operación inversa del curso de efectividad. Una "con-vivencia" completa necesita que la comprensión marche en la línea misma del acontecer. Marcha hacia delante con el mismo curso de la vida. Así se amplía el proceso de colocarse dentro, en de la transferencia. La "revivencia" es la creación en la línea del acontecer. Así penetramos en la historia de otro tiempo, o en el acontecimiento de un país lejano o en algo que ocurre en el alma de un hombre próximo a nosotros. Se llega a la perfección cuando el suceso ha sido penetrado por la conciencia del poeta, del artista o del historiador y ha sido fijado en una obra en la cual se halla perennemente ante nosotros.

El poema lírico permite así, en la sucesión de sus versos, la revivencia de una conexión vivencial; no la real que incitó al poeta sino aquella que, sobre esta base, el poeta colocó en boca de una persona ideal. La sucesión de escenas en una pieza de teatro permite revivir los episodios del curso de la vida de los personajes. El relato del novelista o del historiador, que persigue el curso histórico, opera en nosotros una revivencia. Triunfa esta revivencia cuando los fragmentos de un curso se completan de tal modo que creemos tener ante nosotros una continuidad.

¿En qué consiste este revivir? El proceso nos interesa en su contribución, pues no pretendemos ahora su explicación psicológica. Por eso tampoco explicamos la relación de este concepto con el de simpatía y el de endopatía, aunque claramente se ve la conexión en el hecho de que la simpatía refuerza la energía del vivir. Lo que tenemos presente es la importante aportación que supone el revivir en nuestra apropiación del mundo espiritual. Descansa en dos factores. Toda actualización viva de un medio y de una situación exterior provoca en nosotros revivencia. Y la fantasía puede reforzar o debilitar el acento de las actitudes, fuerzas, sentimientos, afanes, ideas contenidas en nuestra propia conexión de vida para de este modo poder revivir la vida anímica ajena. Se levanta el telón. Aparece Ricardo y un alma ágil, al seguir sus palabras, gestos y movimientos, puede revivir algo que se halla fuera de toda

posibilidad de su propia vida real. El bosque fantástico en "Como gustéis" nos coloca en un estado de ánimo que nos permite revivir toda clase de excentricidades.

Y en esta revivencia tenemos una parte importante de la adquisición de cosas espirituales que debemos al historiador y al poeta. El curso de la vida verifica en cada hombre una determinación constante dentro del cual se limitan sus posibilidades. La formación de su ser condiciona a cada uno su desarrollo. En una palabra, experimenta de continuo, y considere su situación o la forma de su adquirida conexión de vida, que el ámbito de nuevas perspectivas de la vida y de giros internos de la existencia personal es algo limitado. La comprensión le abre un ancho campo de posibilidades, que no están contenidas en la determinación de su vida real. La posibilidad de vivir estados religiosos en mi propia existencia se halla estrechamente limitada, lo mismo para mí que para la mayoría de los hombres actuales. Pero al recorrer yo las cartas y los escritos de Lutero, las noticias de sus coetáneos, los protocolos de las disputas religiosas y de los concilios y su actuación oficial, vivo un proceso religioso de un tal poder eruptivo, de una tal energía, a vida o muerte, que se halla fuera de las posibilidades de vivencia del hombre actual. Pero lo puedo revivir. Me coloco en las circunstancias, y todo en ellas me empuja a un desarrollo tan extraordinario del ánimo religioso. Veo en los claustros una técnica del trato con el mundo invisible que coloca la mirada de los monjes en dirección constante hacia las cosas del más allá: las controversias teológicas se convierten en cuestiones de la existencia interior. Veo cómo lo que de este modo se constituye en los claustros se expande por el mundo laico por innumerables canales, púlpito, confesión, enseñanza, obras escritas; y me doy cuenta de cómo los concilios y los movimientos religiosos han extendido por todas partes la doctrina de la iglesia invisible y del sacerdocio general, y cómo esa doctrina se pone en relación con la liberación de la personalidad en el mundo secular; y cómo lo que se conquistó así en la soledad de la celda, en luchas de la intensidad descrita, se afirma frente a la iglesia. El cristianismo considerado como una fuerza para plasmar la vida en la familia, en el oficio, en las circunstancias políticas, he aquí un nuevo poder que viene al encuentro del espíritu de la época en las ciudades y en todas partes donde se realiza un alto trabajo, Hans Sachs, en Durero. Mientras Lutero marcha a la cabeza de este movimiento, vivimos su desarrollo a base de una conexión que va de lo general humano a la esfera religiosa y, de ésta, mediante sus determinaciones históricas, hasta su individualidad. Y, así, este

proceso nos abre un mundo religioso en Lutero y en los compañeros de la primera época de la Reforma, que ensancha nuestro horizonte en posibilidades de vida humana, que sólo de esta suerte han sido accesibles a nosotros. El hombre agitado por esas posibilidades puede vivir en la imaginación muchas otras existencias. Extrañas bellezas del mundo y otras regiones de la vida, que nunca podrán ser alcanzadas, se hacen patentes, ante él limitado por sus circunstancias. Hablando de una manera general podemos decir que el hombre, atado y determinado por la realidad de la vida, es colocado en libertad, no sólo por el arte, como se ha expresado a menudo, sino también por la comprensión de lo histórico. Y esta acción de la Historia, que no ha sido vista por sus más recientes detractores, se ensancha y ahonda a cada nueva etapa de la conciencia histórica.

### 6.- La Interpretación

21 ¡Con qué claridad vemos en el revivir de lo extraño y lo pasado que la comprensión descansa en una especial genialidad personal! Pero como constituye una tarea importante y duradera como fundamento de la conciencia histórica, esta genialidad personal se convierte en técnica y esta técnica se desarrolla con el desenvolvimiento de la conciencia histórica. Se halla vinculada al hecho de que la comprensión tiene por delante manifestaciones de vida fijadas en perennidad, de suerte que puede volver de continuo a ellas. Denominamos "interpretación" a la comprensión técnica de manifestaciones de vida permanentemente fijadas. Como la vida espiritual encuentra sólo en el lenguaje su expresión perfecta, exhaustiva y que, por lo tanto, hace posible una captación perfecta, así también la interpretación se completa con la de los vestigios de existencia humana que se contienen en las obras escritas. Este arte constituye la base de la filología. Y la disciplina correspondiente se llama hermenéutica.

A la interpretación de esos vestigios llegados a nosotros se enlaza, de una manera necesaria e interna, su crítica. Surge de las dificultades que ofrece la interpretación y conduce a la depuración de los textos, y a rechazar interpolaciones, a depurar obras, tradiciones. La interpretación y la crítica han ido desarrollando en el curso histórico nuevos medios para la solución de su tarea, el modo como la

investigación científico natural ha ido afinando la experimentación. Su transmisión de una generación de filólogos e historiadores a otra descansa, sobre todo, en el contacto personal de los grandes virtuosos y en la tradición de sus aportaciones. Nada hay en el campo de las ciencias que se halle tan personalmente condicionado y vinculado al contacto de las personas como este arte filológico. Al someterla a reglas, la hermenéutica lo ha hecho en el sentido de una etapa histórica que trataba de llevar a cabo regulaciones en todos los campos, y a esta regulación hermenéutica correspondieron teorías de la creación artística que también la concebían como un hacer sometido a reglas. En el gran período en que amanece la conciencia histórica en Alemania, esta regulación hermenéutica fue sustituida por Federico Schlegel, Schleiermacher y Boeckh por una teoría ideal que funda la nueva comprensión más profunda en una intuición de la creación espiritual, tal como fue hecha posible por Fichte y tal como pretendió establecer la Schlegel con su proyecto de una ciencia de la crítica. En esta nueva intuición del crear se inspira la famosa frase de Schleiermacher de que es menester comprender a un autor mejor de lo que él mismo se comprendió. En esta paradoja se encierra, no obstante, una verdad capaz de ser fundada psicológicamente.

En la actualidad, la hermenéutica se presenta en una conexión que señala a las ciencias del espíritu una nueva misión importante. Siempre ha defendido la seguridad del comprender frente al escepticismo histórico y al arbitrio subjetivo. Así, cuando combatió la interpretación alegórica, así cuando, frente al escepticismo del concilio tridentino, justificó la gran doctrina protestante de la comprensibilidad de las Sagradas Escrituras por sí mismas, y, de nuevo, cuando fundamentó teóricamente, frente a todas las dudas, el progreso esperanzado de las ciencias históricas y filológicas con Schlegel, Schleiermacher y Boeckh. En la actualidad la hermenéutica tiene que entrar en relación con la tarea general de la teoría del conocimiento, la de demostrar la posibilidad de un saber acerca de la conexión del mundo histórico y encontrar los medios para su realización. Ya se ha explicado la significación fundamental del comprender; ahora es menester, partiendo de las formas lógicas del comprender, determinar el grado asequible de su validez universal.

El punto de partida para establecer el valor de realidad de los enunciados de las ciencias del espíritu lo encontramos nosotros en el carácter de la vivencia, que consiste

en un "cerciorarse" o "percatarse", en un estar dentro de la realidad (Innewerden).

Como la vivencia es elevada por las operaciones elementales del pensamiento a una conciencia más atenta, estas operaciones no hacen sino señalar las circunstancias contenidas en la vivencia. El pensamiento discursivo representa lo contenido en la vivencia. La comprensión descansa, primariamente, en la relación entre la expresión y lo expresado contenida en toda vivencia caracterizada como comprensión. Esta relación es vivible, experimentable en su peculiaridad exclusiva. Y como sobrepasábamos el estrecho campo de la vivencia sólo a base de la interpretación de las manifestaciones de vida, así se destacaba para nosotros la aportación central del comprender en la edificación de las ciencias del espíritu. Pero se vio también que no es posible considerarla como una mera actividad mental, pues la transferencia, la reproducción y la revivencia son hechos que nos refieren a la totalidad de la vida anímica que opera en este proceso. En esto coincide con la vivencia, pues tampoco es esta otra cosa que un cerciorarse (Innewerden) de toda la realidad anímica en una situación dada. Por eso en todo comprender se da un irracional, pues también la vida lo es; no es posible representarlo mediante ninguna fórmula de nuestra actividad lógica. Y la seguridad última, si bien completamente subjetiva, inherente a esta revivencia, no es posible que sea reemplazada por ningún control del valor cognoscitivo de los razonamientos en los que se puede expresar el proceso del comprender. Estos son los límites que le son impuestos al tratamiento lógico del comprender por la naturaleza misma de éste.

Si bien vemos que las leyes y formas del pensamiento tienen validez en todos los ámbitos de la ciencia y que también se da, a tenor de la posición del conocer con respecto a la realidad, una gran afinidad entre los métodos. Con el comprender nos adentramos en un método que no guarda analogía alguna con los de las ciencias naturales. Pues ese método descansa en la relación de las manifestaciones de vida con algo interior que cobra expresión en ellas.

Del procedimiento mental del comprender parte en primer lugar el trabajo previo gramatical e histórico, que sirve tan sólo para colocar al que se orienta a la comprensión de algo ya fijado – frente al pasado, a lo espacialmente distante o lingüísticamente extraño –, en el lugar del lector de la época y del ambiente del autor.

En las formas elementales del comprender, de una serie de casos en que se expresó algo espiritual en un cierto número de manifestaciones afines de vida, se

concluye, al revelarse la afinidad existente, que se da también la misma relación en otro caso, semejante. De la recurrencia del mismo significado de un apalabra, de un ademán, de una acción exterior se concluye a su significado en un caso nuevo. Pero enseguida observamos cuán poco se ha procurado con semejante esquema de inferencia. En la realidad, como vimos, las manifestaciones de vida son para nosotros como representaciones de algo general; concluimos en la medida en que las subordinamos a un tipo de ademanes, de acciones, a un círculo de usos verbales. En el razonamiento que va de lo particular se halla presente la referencia a algo común que está representado en cada caso. Y esa circunstancia, se hace más patente, no cuando, de la relación entre una serie de manifestaciones afines de vida y lo psíquico de que son expresión, concluimos a un nuevo caso, sino cuando el objeto del razonamiento por analogía lo constituyen hechos singulares más complicados. Así, de la unión regular de determinadas propiedades en un carácter compuesto, inferimos que, de presentarse esta unión en un nuevo caso, no faltará un rasgo todavía no observado. A base del mismo razonamiento remitimos una obra mística recién, encontrada, o que hay que situar cronológicamente, a un determinado círculo de la mística en una determinada época. Pero en semejante conclusión va implicada la tendencia de derivar de los diversos casos existentes el modo como en esa estructura se enlazan las diversas partes y fundamentar así con más hondura el nuevo caso. En realidad tenemos, pues, que la conclusión por analogía desemboca en la inferencia inductiva al aplicarse a un nuevo caso. La demarcación de estos dos modos de concluir dentro del proceso del comprender posee sólo una validez relativa. Y, en general, obtenemos sólo la justificación para un grado, limitado de algún modo, de expectativa en el nuevo caso para el cual se concluye, un grado acerca del cual no puede suministrarse ninguna regla general y que sólo puede estimarse a tenor de las circunstancias, siempre cambiantes. Será tarea de una lógica de las ciencias del espíritu encontrar las reglas para esta estimación.

Con esto tenemos que el proceso del comprender debe ser considerado como inducción. Y esta inducción pertenece a esa clase en que no se infiere una ley general de una serie incompleta de casos sino que se infiere una estructura, un sistema ordenado que agrupa los casos, como partes, en un todo. Inducciones de este tipo son comunes a las ciencias de la naturaleza y a las del espíritu. Con una inducción

semejante descubrió Kepler la órbita elíptica del planeta Marte. Y así como en este caso se establecía una visión geométrica que derivaba una regularidad matemática sencilla de las observaciones y cálculos, así todo el probar en el proceso de comprensión tenderá a acomodar las palabras en un sentido y el sentido de los miembros singulares de un todo en su estructura. Lo dado es la sucesión de palabras. Cada una de estas palabras es determinada – indeterminada. Contiene en sí una variabilidad de su significado. Los medios de relación sintáctica de aquellas palabras son también multívocos, dentro de ciertos límites: así surge el sentido, al ser lo indeterminado determinado, mediante la construcción. E, igualmente, el valor de composición de los miembros del todo compuestos de frases es también multívoco, dentro de ciertos límites, y se establece partiendo del todo. Precisamente este determinar unidades determinadas – indeterminadas.....

